

La interpretación y la unidad de las naciones



Marina Estinel se desempeña desde 1972 como intérprete de la ONU.

Con tono pausado y modales elegantes, Marina Estinel sostiene que hay una gran diferencia entre la tarea del intérprete y la del traductor. Discípula del legendario Emilio Stevanovich en el Instituto Francés, esta bella mujer de cincuenta y ocho años basa sus afirmaciones en una larga trayectoria en el mundo de la diplomacia. Desde 1972 ha venido desempeñándose como intérprete en las Naciones Unidas, primero en Nueva York y después en Ginebra, ciudad en la que reside actualmente. Nacida en Buenos Aires, estudió en el colegio Saint Peter's, luego en la Universidad Católica Argentina (UCA) y, tras emigrar a los Estados Unidos, prosiguió su exitosa carrera en la Universidad de Columbia, donde obtuvo su Doctorado en Literatura. Invitada por el CTPCBA, el 10 de agosto pasado dio en el Complejo La Plaza una charla titulada *Interpretación: Técnica y Arte*, que estuvo ilustrada con un documental en video realizado por el Servicio de Interpretación de la ONU y que cubrió los siguientes temas: la interpretación simultánea en las Naciones Unidas, tal como se la practica actualmente, una breve reseña histórica sobre el papel del intérprete en las relaciones internacionales y, para concluir, algunas consideraciones específicas sobre la formación profesional.

¿En qué consiste, desde su punto de vista, la diferencia entre la traducción y la interpretación?

Creo que la diferencia fundamental pasa por la forma de enfocar el texto. Un delegado me dijo una vez, mientras charlábamos en un receso: "Usted es la traductora, ¿no se cansa de repetir todo lo que decimos?". Ese es el punto. El traductor lee el texto —y eso me lo ha dicho muchas veces mi marido, que es también intérprete— con mucho más tiempo y detenimiento que el intérprete. A diferencia del traductor, el intérprete tiene que preparar el texto muy rápidamente, a veces en sólo cinco minutos. Su lectura, por tanto, es muy diferente: debe hacerlo diagonalmente, bajo presión, tratando de captar el sentido general del texto en muy poco tiempo, como si estuviera en la televisión. Un colega de las Naciones Unidas, que fue mi entrenador en Nueva York, me advirtió cuando recién empeza-

Invitada por el CTPCBA, Marina Estinel —intérprete simultánea en las Naciones Unidas— dio a principios de agosto una charla en el Paseo La Plaza, que estuvo acompañada de un documental preparado por el Servicio de Interpretación de la ONU. Días antes de su conferencia, conversó en la sede del Colegio con miembros del Consejo Directivo y de la Comisión de Interpretación.

ba: "Querida, no se gaste en leer todo el texto. Lea el primer párrafo y el último: el primero porque siempre es bueno quedar bien desde el principio y el último porque uno nunca sabe qué sorpresas puede llegar a contener. Lo importante es no hacer un papelón y salir, como el bailarín, bien parado".

¿A qué clase de sorpresas se refiere?

Bueno, en el último párrafo puede haber, por ejemplo, un proverbio precedido de la frase tan temida: "Como dicen en mi país". Los proverbios son siempre muy peligrosos. Hay una anécdota, que yo no sé si es apócrifa o no, pero que es clásica. Hace muchos años, en los tiempos de la URSS, un delegado soviético, que sospechaba de las intenciones de un proyecto de resolución presentado por los Estados Unidos, dijo el equivalente en ruso de la frase "acá hay gato encerrado". Entonces un colega mío que quedará sin nombrar, un hombre muy culto que manejaba su Shakespeare a la perfección, no encontró nada mejor que traducirlo con una cita de *Hamlet: Something is rotten in the state of Denmark*. Claro, el delegado danés, al escuchar esta interpretación, se ofendió muchísimo. Pidió la palabra y dijo: "Señor Presidente, mi país no participó en estas negociaciones y no ve por qué lo están insultando". Así que con los dichos hay que tener mucho cuidado.

¿Cómo es la tarea del intérprete en las Naciones Unidas?

La interpretación, tal como se practica actualmente en las Naciones Unidas, es muy distinta de la interpretación como se practica en el mercado privado o en la Argentina. Muchos de ustedes suelen trabajar con dos idiomas: del español al inglés, del inglés al español. Allá, en cambio, hay seis cabinas de idiomas: inglés, francés, ruso, español, árabe y chino. Cada intérprete trabaja con su lengua materna, esto es, con cuatro idiomas de partida y uno de llegada. Trabajar de otro modo se vuelve casi imposible. Los intérpretes cubrimos una variedad de temas impresionante: pasamos del derecho internacional a las armas biológicas, de los seguros marítimos al acero y el gas natural. Hay un programa semanal en virtud del cual a cada intérprete se le asignan, por reglamento, hasta un máximo de

siete reuniones por semana. Esa regla no existe en el mercado privado, donde el tiempo es oro y cada cual quiere sacarle el mayor provecho posible. Antes podíamos tener hasta once o doce reuniones semanales, dentro de cualquier horario y sin previo aviso. En 1974 tuvimos que declararnos en huelga para hacer valer nuestros derechos. Todos los delegados nos apoyaron, excepto el soviético, que no podía ser más stalinista y dijo: *This could never happen in my country!*

¿En las Naciones Unidas se hace interpretación simultánea, consecutiva o ambas cosas?

Actualmente se hace exclusivamente interpretación simultánea. En 1972, cuando yo entré a trabajar en Naciones Unidas, ya casi no se hacía otra cosa, excepto en el Consejo de Seguridad, donde todavía se hacía interpretación consecutiva. Pero la práctica fue abandonada rápidamente y sólo se conserva en encuentros bilaterales, en el ámbito de jefes de Estado. En las Naciones Unidas, sólo se hace interpretación consecutiva fuera de la sede, en relación con una figura muy nueva: los llamados “relatores especiales” de la Comisión de Derechos Humanos.

¿En qué época se empezó a hacer interpretación simultánea dentro de las Naciones Unidas?

La interpretación simultánea empezó con el Tribunal de Nuremberg en 1945, casi con el nacimiento de la ONU. Hasta entonces, dentro de la Sociedad de las Naciones, se hacía únicamente interpretación consecutiva. Era la época del intérprete estrella. El delegado hacía su discurso, se sentaba y entonces el intérprete se ponía de pie y procedía a repetir lo dicho en el otro idioma. Así nacieron las leyendas. Por ejemplo, la de un famoso intérprete que parecía no prestar atención mientras hablaban los delegados. Dibujaba, hacía caricaturas de los delegados y, de pronto, se levantaba y decía los discursos de manera perfecta, respetando cada matiz, cada punto y coma. Según cuentan, cierta vez un delegado protestó después de la interpretación y le dijo: *This is not what I said!* Él respondió: *May be not, but this is what you should have said.*

¿Qué ventajas trajo la interpretación simultánea?

Con el Tribunal de Nuremberg, la gente enseguida vio que se ahorrraba muchísimo tiempo. Incluso parece que uno de los criminales nazis —no sé si Goebbels o Göring— se dio vuelta y, dirigiéndose a la cabina donde estaban los intérpre-

tes, dijo: “Señores, ustedes me han acortado la vida”. Luego se fundó en Nueva York un servicio de interpretación y, a partir de ese momento, la interpretación simultánea entró definitivamente en escena. Hubo muchos conflictos con los intérpretes de consecutiva, que despreciaban a los de simultánea y los llamaban *die Telefonisten*. Los partidarios de la simultánea acusaban a los otros de negarse a aprender una técnica nueva.

¿Por qué dice usted que la interpretación es una técnica y un arte?

La interpretación es una técnica en la medida en que supone el dominio de una serie de conocimientos. Hablar, escuchar, volver a hablar: todo eso es muy contra la naturaleza. Es una técnica que hay que aprender, que no es fácil de adquirir y para la cual se necesitan ciertos dones. Hace falta tener reacciones muy rápidas, pero también una cultura general que permita entender lo que se dice sobre un sin fin de temas, captar todo un contexto y transmitirlo al público. El intérprete reemplaza al orador en el oído del que escucha. Aquí es donde entra el arte. Porque ya se trate de una reunión de derecho internacional, ya de un debate apasionado sobre derechos humanos, el intérprete debe poder reproducir no sólo las palabras, sino también el tono y el lenguaje corporal con el que han sido dichas. En fin, el intérprete también debe ser un poco actor.

¿Podría ejemplificarlo?

Imaginen por un momento al delegado de Cuba en medio de un debate muy apasionado sobre derechos humanos con el delegado de los Estados Unidos. De pronto, el delegado cubano exclama enojado: “Es un mentiroso”.

¿Lo interpreta enojado?

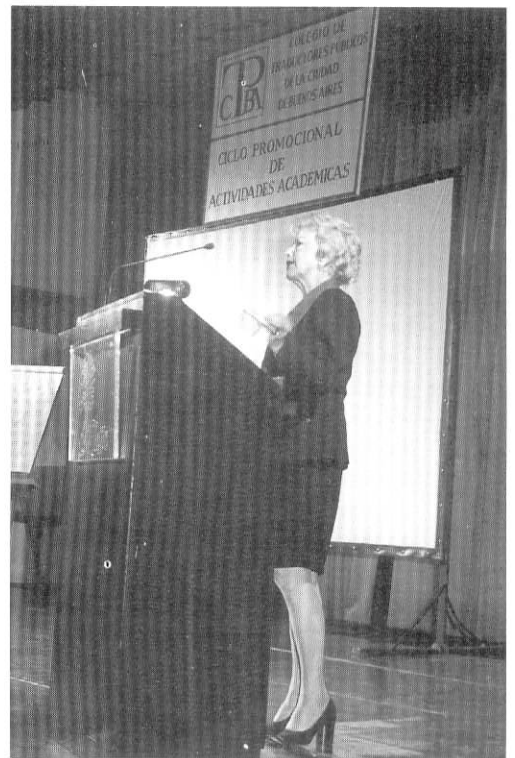
No hacerlo sería tergiversar lo que ocurre. Al cubano enojado es preciso interpretarlo enojado, pero siempre bajo control. La interpretación es parte de la diplomacia y muchas veces es necesario deformar el sentido original. En este caso, si el cubano ha dicho que el delegado de los Estados Unidos es un mentiroso, usted tiene la posibilidad de elegir entre *He is not telling the truth* o, literalmente, *He is a liar*.

¿Y usted qué elige?

En este caso, optaría según el contexto. La expresión *He is not telling the truth* es ciertamente más diplomática. Los intérpretes de simultánea debemos darnos cuenta de que somos responsables del tono general del debate.

Pero quien sigue el discurso en inglés sabe que el cubano en realidad dijo que el delegado norteamericano era un mentiroso.

Sí, claro. Por eso digo que depende mucho del contexto general de la discusión. Si el tono lo justifica, no dudaría en traducir: *He is a liar*. Hay que encontrar un equilibrio entre la fidelidad al orador y el estilo de las Naciones Unidas, donde la gente acostumbra insultarse duramente con una hermosa sonrisa.



Durante la charla en el Paseo La Plaza, organizada por el CTPCBA.

¿Qué formación requiere un intérprete simultáneo?

La respuesta es muy simple: conocimiento de idiomas, una cultura general y reflejos rápidos. Hay que tener una sólida preparación técnica, aunque no necesariamente como traductor. El resto pasa por el dominio de la lengua de llegada.

¿No hay que saber hablar correctamente las lenguas a partir de las que se interpreta?

No, en absoluto. Para interpretar a partir de un idioma, no hay por qué saber hablarlo. La clave es captar al vuelo lo que se dice. Un colega nuestro, que se jubiló a los sesenta años como jefe de la cabina de inglés, interpretaba de modo impecable a partir del ruso sin haber nunca aprendido a hablarlo. Era un intérprete fuera de serie, probablemente el mejor que he conocido.



Marina Estinel recibe la Piedra Rosetta de manos de la presidenta del Consejo Directivo.

¿Qué cambios acarreo la globalización para el intérprete de las Naciones Unidas?

La interpretación ha cambiado muchísimo en los últimos años. Antes solía haber grandes discursos y oradores de alto vuelo. Ahora, en cambio, las exposiciones se han vuelto mucho más técnicas. Hay una tendencia a tratar cuestiones puntuales y nadie se entusiasma. Las buenas piezas de oratoria se cultivan cada vez menos.

¿Cree que esto se debe a un cambio en la política internacional?

Los embajadores de antes eran, por así decirlo, oradores profesionales. Ahora en su mayoría son tecnócratas, ejecutivos de la política.

¿El trabajo se ha vuelto aburrido?

Bueno, hay momentos aburridos como en todo. Sin embargo, creo que el trabajo en la Naciones Unidas continúa siendo maravilloso. Otorga un gran roce humano, que permite aprender y desarrollarse profesionalmente. La tarea del intérprete es múltiple y variada. A cada momento está llena de desafíos y sorpresas.

¿Qué pasa con el tema del inglés como lengua franca?

Bueno, es curioso. Yo no sé qué es lo que pasa en la Argentina, pero en las Naciones Unidas la gente protesta. Se quejan porque los documentos no les llegan en su propia lengua. La Carta de las Naciones Unidas estipula que los documentos deben estar redactados en cinco idiomas. De modo que todo el mundo pone el grito en el cielo. Pero a uno le da la impresión de que los delegados protestan por forma, de que lo hacen porque los gobiernos les ordenan que deben protestar. El delegado toma el telé-

fono y el ministro le dice: "Usted proteste. Proteste por el idioma, proteste por la cultura". Sin embargo, a la hora de la verdad, el mismo delegado que hasta hace un momento se quejaba se pone a hablar en inglés.

¿Y a qué lo atribuye?

Creo que es un fenómeno que habla del alineamiento político. Por ejemplo, todos los delegados de los antiguos países socialistas antes hablaban ruso: polacos, búlgaros, ucranianos, checos, eslovacos, bielorrusos. Ahora, en la mayoría de los casos, el ruso ha sido reemplazado por el inglés, incluso para comunicarse entre sí. En este sentido, hay una anécdota muy graciosa, aunque no exclusivamente relacionada con la interpretación. Justo después de la caída de la URSS, el delegado soviético llamó por teléfono al ucraniano, que dos pisos más abajo ocupaba un despacho dentro de la misma misión diplomática. El ucraniano le respondió: "Pero, dígame, señor, ¿usted no habla ucraniano?". El ruso replicó, muy indignado: "¿Cómo! ¿Acaso usted no habla ruso?". "Mire, señor, si vamos a hablar en un idioma extranjero, hagámoslo mejor en inglés", dijo el ucraniano y le colgó.

Eso es lo que también tienden a hacer hoy los alemanes. Se comunican en inglés entre sí. Pudimos observarlo durante el Congreso Internacional de Editores que se llevó a cabo este año en Buenos Aires, paralelamente a la Feria del Libro.

Sospecho que la tendencia se profundiza cuanto más aumenta el carácter técnico del discurso. Si el que habla no tiene un cabal conocimiento del idioma técnico, difícilmente podrá entenderlo en otro

idioma que no sea el materno. Eso es lo que suele pasar con los alemanes. A menudo creen que los intérpretes no son necesarios y después terminan llamándolos con urgencia, porque se dan cuenta de que la cuestión tratada así lo exige.

Nosotros lo vemos en el mercado privado. La gente tiende a sobrestimar su manejo del inglés.

Lo mismo puede verse en las Naciones Unidas.

¿No cree que hay en ello un poco de esnobismo?

Es posible. Aunque hay que reconocer que es muy distinto el caso de los hispanohablantes que el de los ucranianos, afganos y polacos, que no tienen por qué estar obligados a hablar en ruso. Si usan el inglés en las Naciones Unidas, es porque no hay cabinas de traducción para estos idiomas. En los hispanohablantes hay también cierta aprensión al intérprete. Si se lo puede evitar, mejor. Cuando se lo acepta, es siempre un poco a regañadientes, como un mal necesario.

¿Cuál cree usted que es el futuro de la interpretación simultánea?

Es evidente que todo el mundo está tratando de reducir costos. Las organizaciones internacionales no escapan a esta regla. Hay quienes piensan que no vale la pena mandar tanta gente en misión a Bangkok, a Buenos Aires o a donde sea y que lo mejor es la interpretación a distancia. Es lo que en materia de traducción se hace desde hace tiempo en las Naciones Unidas. Los pobres traductores se quedan trabajando en sus oficinas, mientras los intérpretes se van de viaje a países exóticos. Ahora están tratando de hacer lo mismo en el terreno de la interpretación. Se han hecho experimentos con videoconferencia, pero afortunadamente para nosotros no han resultado muy bien: el sonido es malo, la imagen no está debidamente sincronizada o resulta imposible combinar los horarios. Por supuesto, la técnica puede seguir avanzando, pero no creo que los intérpretes vayamos a ser descartados. El lenguaje de la diplomacia, el lenguaje de los congresos y encuentros internacionales, sigue siendo un lenguaje profundamente personal. No sólo hay intercambio en las reuniones plenarios, sino también en los pasillos, en los desayunos, durante los almuerzos. Mal que les pese a quienes preferirían evitarnos, los intérpretes continuaremos siendo indispensables. Somos un eslabón esencial de la cadena de la comunicación. 